

EL ALZAMIENTO ESTUDIANTIL PARAGUAYO

NOTAS PARA UN PENSAMIENTO NUEVO

José Manuel Silvero Arévalos

Introducción

La Universidad Nacional de Asunción, la más prestigiosa y centenaria institución del Paraguay (1889), atravesó por una crisis sin precedentes. Crisis de representatividad, de legitimidad y muy especialmente, crisis de credibilidad. La institución de 42.000 alumnos vio de qué manera su “buen nombre” era devastado por las desprolijidades y actos de corrupción. Hasta el momento, desde que inició el levantamiento estudiantil el 22 de septiembre de 2015, las renuncias, imputaciones, intervenciones y allanamientos fueron las constantes; un rector, un vicerrector, cinco decanos, seis vicedecanos, y un número importante de miembros del Consejo Superior Universitario. El Ministerio Público y la Contraloría General de la República tienen varias causas abiertas en el tiempo presente. Por otro lado, se ha iniciado un proceso de “acrisolamiento” de singular importancia. Los estudiantes hablan de una reforma universitaria y las autoridades se aprestan a transparentar sus gestiones y especialmente a entender que una universidad es de la gente y para la gente. A continuación se reflexiona sobre lo acontecido y se propone un pensamiento nuevo para afianzar los fines y objetivos de una institución tan fundamental.

Pensamiento y alteridad

El pensamiento es la suma de varias experiencias, ya sean abstractas o vividas en la cotidianeidad. Sin experiencia no hay pensamiento. Y toda experiencia es soberana, única e intransferible. Más, la existencia goza de una paradójica y dignificante cuestión: la presencia de los “otros”. La “insolente” estampa de la alteridad es una realidad incuestionable. Somos lo que experimentamos como individuos que vivimos “juntos”. Y es que los seres humanos hemos devenido en sociedad merced a un largo proceso donde nuestro hábito osciló entre un gozo magnánimo por las bondades que nos identifica como seres sociables, pero también, hemos invertido tiempo, esfuerzo y razón en destruirnos mutuamente y lo hemos hecho con una ferocidad inconmensurable, que ningún otro ser vivo de la tierra sería capaz de replicar. Vivir juntos demandó lenguaje. Y ahí donde exista lenguaje, vive una filosofía. Sin lenguaje la filosofía no podría expresarse. Si bien es cierto que el “silencio”, en más de una ocasión, imprimió clamores y razones clarificadoras, la mudez como herramienta no porta filosofía alguna más allá de alguna

actitud vital muy específica que reporte “imperturbabilidad del alma”. La filosofía es pensamiento por el lenguaje y el lenguaje es filosofía por el modo de razonar, de ver y entender el mundo y de buscar maneras de hacerlo un lugar más habitable.

Vivir juntos es posible. Pero no es tan fácil. Las alegorías sobran cuando ejercitamos nuestra capacidad de marginar, estigmatizar, bloquear o suprimir. En estos tiempos que corren, el ser humano cree conocer demasiado acerca de su entorno, del mundo e incluso del universo. A golpe de pantalla se intenta todos los segundos de todos los días, de manera individual –o grupal–, atrapar algún sentido. Al transformarse en bits los vínculos, los encuentros tienden a ser virtuales. Los “me gusta” expresan solidaridad, comprensión o lealtad. Hoy portamos teléfonos celulares muy “similares”, pero se “distinguen” por los programas que seleccionamos, las imágenes que preferimos y en un montón de aplicaciones que libremente elegimos. Libertad que también ejercemos para bloquear, criticar y/o escrachar. A pesar de contar con cientos de opciones, controles y alternativas, en algún momento “aparece” un “perfil” no querido, entonces, la eliminación, surge como alternativa útil para “borrar” toda experiencia ajena a mis gustos e intereses. Pero los otros, independientemente de mis gustos, seguirán siendo “ellos”. Sin “los otros” la presencia del ser humano se torna solitaria y vacua al punto de amputar la razón más importante de la existencia, esto es, la experiencia.

La apertura al mundo del otro, no es sumisión. La alteridad es la capacidad política que nos puede ayudar a conocer nuestro entorno, a entender nuestro mundo –que también es el mundo de “otros”–, y así, incluso, jugar a dimensionar, alguna vez, el inmenso universo. La alteridad como pensamiento es la reivindicación de la diferencia en la pluralidad. La dignidad amplia, sin retazos ni exclusiones. El abanico de colores con pliegues diversos y sentidos alternos.

Palabra y poder

La palabra otorga al mundo un sentido. Y ese mundo no se habita sin evidencias que reporten mínimamente algún significado. Poder entender, intentar descifrar, esperar consecuencias, forma parte de la mecánica siempre abstrusa de la lógica del entendimiento.

Desde épocas remotas, en el Paraguay, el ejercicio del silencio es condición indispensable para “estar” y “formar” parte de un grupo y/o asociación. Nos marcaron a fuego la falsa creencia de que el silencio es edificante, respetuoso y adecuado. Lo que no nos contaron es que con nuestro silencio nos conquistaban y subyugaban de manera implacable. Desde la palabra, déspotas, príncipes o autoritarios de toda laya, desplegaron siempre la operación más delicada e importante: imponer silencio y llenar el mundo de palabras oficiales. A los silenciosos no se les puede quitar la palabra.

El que habla tiene poder. Y su palabra es fuente de “legitimidad”, aunque sean palabras desfasadas, rancias y desatinadas. El mando y la obediencia se instruyen desde el hablar.



La palabra y el poder es pareja que subsiste simbióticamente y da vida a los acontecimientos históricos. No puede existir un acontecimiento en ausencia de la palabra y el poder. Por eso, si se toma el poder, se toma la palabra. Y si el carácter es autoritario, la palabra será un “bien preciado”.

De ahí la importancia de monopolizar la palabra. Y es que dicho ejercicio asegura, sobre todo y muy especialmente, el dominio de las ideas: sólo los amos pueden hablar. Los vasallos, súbditos, ciudadanos, estudiantes, sin embargo, deben estar arropados de “silencio respetuoso”, una especie de supuesta veneración hacia el superior. El silencio es el garante ideal, el guardián perfecto de todo ejercicio autoritario, corrupto o desfasado.

Una vez domesticado el silencio de los “otros”, la palabra de los poderosos intentará ordenar el mundo. Al construir una poderosa aquiescencia, madre de todas las precariedades, el jefe manosea dignidades y estrangula legitimidades cuantas veces quiera. Y es justamente ese silencio impuesto desde la palabra maldita lo que ha lastrado generaciones enteras en este país. El silencio construido a manera de subyugación, complicidad o indiferencia, ha destruido toda construcción dialógica en estos tiempos de democracia. Cuando Stroessner fue al exilio, en Paraguay quedaron los que escribían sus discursos, los que luchaban a favor de la dictadura, los que garroteaban a los estudiantes, los que negociaban con tierras fiscales, todos quedaron y “quedaron en el poder guardando celosamente las palabras del autoritarismo”.

Así, la “palabra” en estos tiempos de democracia fue inundada de sentimientos progresistas de la mano de stonistas reciclados. Y los jóvenes de nuevo se vieron abrazados por el omnipresente silencio devorador de voluntades. Fue pasando el tiempo. Un cuarto de siglo de democracia con forma de silencio. Con instituciones repletas de prácticas stonistas, con un servilismo deshonesto e indigno más vivo que nunca... con la vergüenza que estrangula al amparo de las palabras de la autoridad todopoderosa.

Pero un día todo eso se acabó. Al unísono los estudiantes gritaron BASTA, BASTA, BASTA de tanto silencio!!! Así, el silencio que era casi una virtud, se convirtió en el peor de los defectos. De las entrañas del silencio brotaron gritos de esperanza con acentos de cambio para un país mejor. Ese largo silencio venía incubando en su

matriz, clamores de una valiente voz que nació poderosamente fuerte como para instalar nuevas palabras y desacoplar años de mecanismos gestores de silencios. Y si nuestro pasado nos convocó a ser silencio, hoy los jóvenes de la Universidad Nacional de Asunción enfrentaron ese conjuro maléfico al son de justicia, dignidad y esperanza.

La crisis de la Universidad Nacional de Asunción

Desde hace tiempo, en el seno de nuestra casa de estudios nos regodeamos con formalismos –y otras cosas– y hemos olvidado que la fuerza más poderosa de una casa de estudios radica en la creatividad y la libertad que tenemos los docentes y estudiantes de dar rienda suelta a todo

nuestro talento, a la capacidad de discusión y a la gestión de hacer transitar las ideas, a la capacidad de lograr que proliferen proyectos innovadores, al compromiso de hacer realidad programas y proyectos sociales, en fin, hemos abandonado la certeza de que la marca de una universidad es su liderazgo en temas que hacen de un país un lugar más justo y habitable. Pero de pronto, nuestros jóvenes nos están requiriendo que “renunciemos” a viejos ropajes y que nos renovemos apelando a la imaginación, a la creatividad y muy especialmente a la libertad.

Y estoy más que de acuerdo. Parafraseando a Horacio Cerutti, podemos decir que es tiempo de absolver a la utopía. Es momento de celebrar su extraordinaria fuerza y recuperar entre todos y todas “el derecho al ejercicio de nuestra propia imaginación”, como miembros de una institución solícita de transformación. Basta de entremetimientos, imposiciones, miedos y autoritarismos. Es tiempo de renacer.

De niño observaba atentamente de qué manera las cigarras, al crecer, se desprendían de su esqueleto externo. El cambio parecía doloroso, pero la reedición del insecto era una necesidad impostergable. Al terminar la muda, se debía ser cuidadoso. Y es que al salir la cigarra de su exoesqueleto, necesitaría un tiempo prudencial a fin de fortalecer su nueva estructura. Tener el exoesqueleto suave, implicaba vulnerabilidad ante los depredadores. Sin embargo, al poco tiempo de aquella operación, volvería a volar sin mayores apremios con bríos renovados de pura vitalidad. Aquellos años de hurgar en el bosque, han quedado atrás. Pero en algunos añosos árboles de la Universidad Nacional de Asunción, de vez en cuando, me encuentro con la maravillosa muda de cigarras. Entonces, con detenimiento vuelvo a observar y recreo en mi mente la asombrosa acción de un animal por renovarse puntualmente. La grandeza de la ecdisis o muda consiste en asumir que la estructura resulta obsoleta ante la expectativa y el crecimiento del tiempo presente. Y causa asombro sostener en la palma de la mano una muda de cigarra. Parece una cigarra. No es una cigarra. No es una cigarra muerta. Tampoco es una cigarra viva. Es simplemente una vieja estructura que en su momento contuvo a una cigarra con vida. Si la naturaleza ha programado a estos insectos a dejar de lado viejas estructuras cuyos límites entorpecen el crecimiento y promoción de una vida que se despliega, ¿por qué los docentes, junto a los estudiantes, no podríamos mudar en pos de nuevos horizontes? ¿Acaso estamos condenados a crecer encorsetados en una estructura perimida que nos obliga a encogernos al punto de deformarnos por completo? Si las cigarras se rediseñan cíclicamente, nosotros también podemos. Si ellas honran su estatura con estructuras acordes a la misma, nosotros también podríamos lograrlo. Pero no olvidemos que la ecdisis se

Una impronta universitaria comprometida con su tiempo podrá reorganizar una nación

produce bajo presión y ciertos condicionamientos biológicos. Es decir, si no necesitamos mudar, probablemente nunca crecimos. Sin embargo, la evidencia es contundente. El despertar del estudiantado motivado por las denuncias de corrupción y desprolijidades de la máxima autoridad de la centenaria institución educativa, instaló sin ambages, la perentoria exigencia de una profunda depuración institucional y al mismo tiempo, el rejuvenecimiento de un modelo de gestión, vetusto, yermo y en extremo prebendario.

Una universidad que reverdece readueñándose de su imaginación y recuperando su derecho a representar sus propios sueños es una que necesariamente nos aglutinará para trabajar a la luz de una filosofía de la educación propia y apropiada. La negociación con el destino, con lo que queremos “ser” y “alcanzar” pasa por el esbozo propio de un tiempo futuro desde un presente veraz. Sin el ejercicio de la expresión, nuestra creatividad desaparecerá y el futuro que viviremos se tornará en necesidad de venganza hacia un pasado donde poco o nada hicimos para cambiar. Plantear futuro es “renunciar” a lo anacrónico e involucrarnos decididamente en la construcción de un presente distinto, bello y sobre todo, justo.

Cuando Cecilio Báez¹ recibió su título de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, recordó en un emotivo discurso el inmenso daño que había causado al Paraguay la ausencia de una instrucción superior en sus tres siglos y medio de existencia. Un descuido terrible que Báez creía se remediaría con la fundación de la Universidad Nacional de Asunción. “Los tiranos de nuestra patria no comprendieron que, para vigorizar un Estado y engrandecerle, era necesario ilustrar al pueblo. Sirviéronles de modelos Esparta o la República Romana, que nunca miraron al espíritu, sí al cuerpo, exclusivamente”.

En ese discurso, Báez decía que “el rol de la Universidad es imprescindible en el destino de los pueblos” y asimismo, apuntaba que “el poder de la inteligencia salvaría a este país”. Pero ¿qué representaba la inteligencia para Báez y los positivistas liberales de aquella época? ¿Cuál era la imaginación que sirvió en ese entonces como base para afianzar un proyecto académico de envergadura?

Báez y parte de su generación creían –entre otras cosas– que la ilustración de las masas era una urgente necesidad para así conseguir un pueblo “consciente y libre”. Afirmaban que sin educación no podríamos superar los traumas de tantos

¹ Influyente intelectual paraguayo (1862-1942)

años de encierro. Estaban seguros de que si la historia del “encierro” del Paraguay culminó con una gran guerra, la carnicería más grande que enlutó a América, entonces, la educación debía purgar esa terrible historia. Tantos años de aislamiento mental calaron tan profundamente en el carácter del paraguayo al punto de que su cerebro se volvió infecundo, decía Báez. Asimismo, creía que la amputación de la creatividad y la iniciativa se habían clausurado por culpa del terror, la incomunicación y la ignorancia. Por ello, para evitar un nuevo eclipse del espíritu y el predominio de las pasiones impuras, la universidad forjaría sólidos conocimientos y grabaría profundamente en la conciencia las ideas de patria y libertad, que son los puntos polares del eje moral de la sociedad. De esta manera, la transfiguración moral del pueblo se lograría por la luz de la ciencia y ella brillaría por siempre... Así, la impronta fundacional de la Universidad Nacional de Asunción devino en terapéutico, higienista y normalizador. Y aquí radica la gran paradoja: ¿el pueblo de aquel entonces en qué condiciones reales enfrentaba la cotidianidad? ¿Qué ofrecía la universidad aparte de un discurso grandilocuente y cientificista a la gente que se retorció de dolor a causa de la anquilostomiasis y la subnutrición? ¿Era la universidad de inicios del siglo XX un semillero de líderes políticos comprometidos con la sociedad de su tiempo o simplemente servía como trampolín para posicionarse por encima de los más enclenques?

Contradictoriamente, todo el siglo XX y XXI ha sido un largo oscilar entre “dictaduras estables” y “democracias inestables”. Una larga lucha entre un campesinado explotado tanto material como cívicamente. Y así, ese ideal proyectado desde un *ethos* fundacional con el lema “*Vitam impendere vero*” (Consagrar la vida a la verdad) quedó vacío por no responder a las necesidades de su tiempo. No obstante, en varios momentos de la vida institucional de la Universidad Nacional de Asunción, varones y mujeres del estamento estudiantil, con valentía y firmeza erigieron sin temor en verdaderos líderes defensores de la justicia y la verdad. Si hay un grupo que ha deseado ajustar el lema a la realidad, fueron siempre los estudiantes. Los “catedráticos todopoderosos”, por su parte, seguíamos pensando, caminando y vistiéndonos como en la época de Cecilio Báez.

Por eso, discutir una nueva universidad es de suma importancia. Si por un momento olvidamos que este país todavía tiene criaditos, campesinos explotados, gente con parásitos, ciudadanos insensibles a la vida democrática, docentes autoritarios y normalistas repetidores de ideas ajenas, administradores corruptos... Si olvidamos todo esto, probablemente la nueva impronta que imaginemos no será más que una simple ficción. Una especie de “voluntad fingida” con un lenguaje supuestamente a la altura de las exigencias de los tiempos que corren y de los grandes “desarrollos teóricos”.

No sería bueno que este exultante ejercicio de empoderamiento estudiantil y ciudadano se acabe sin que podamos revisar un cúmulo de detalles; cuestiones administrativas, no sólo del rectorado sino de toda la universidad; renovación de las mallas curriculares; revisión de los mecanismos de acceso a los cargos docentes; necesidad de mayor inversión en investigadores de tiempo completo; construcción de más bibliotecas y menos tinglados y canchas de fútbol; becas y ayudas para movilidad, tanto para estudiantes como para profesores; fortalecimiento de revistas científicas; construcción y equipamientos de laboratorios; creación de una imprenta, y muy especialmente, la discusión y consenso de un pensamiento nuevo que replantee y guíe las acciones de la extensión universitaria. Intentar esbozar una reforma universitaria desconociendo estos “detalles” es olvidar el bosque por mirar embelesados a un pequeño gajo.

Así, un rostro nuevo es posible para la Universidad Nacional de Asunción. Pero necesariamente tendremos que asumir prácticas democráticas y transparentes, responsables de nuestro destino como profesionales y como miembros de una casa de estudios. Y es que la democracia no crea demócratas. La escuela sí. En ese sentido, una impronta universitaria comprometida con su tiempo podrá reorganizar una nación. La Universidad Nacional de Asunción, institución a la que pertenezco y quiero con todo mi corazón, está atravesando una crisis importante y decisiva. Crisis en griego significa “ruptura de un orden preestablecido”. Por ello, esta ruptura no debe limitarse únicamente al cambio de autoridades, sino al acrisolamiento de la institución en su conjunto y muy especialmente, en el involucramiento de los estudiantes y colegas docentes en la construcción de un nuevo criterio de “verdad”. Durante tantos años hemos –me incluyo– defendido el lema “*Vitam impendere vero*”, pero hoy ha colapsado por un exceso de mentira.

La lección que hemos aprendido de los estudiantes es tan contundente que a partir de ahora es lícito imaginar una nueva “verdad”. Asumir el gran reto de emprender un vuelo soberano hacia un horizonte nuevo de oportunidades y dignidades renovadas, es tarea de hombres y mujeres valientes, no de mezquinos insectos temerosos de la muda, el cambio y la novedad. Si anhelamos ser seres humanos verosímiles y no autenticidades de ficción, ineludiblemente tendremos que asumir la ecdisis como una virtud profundamente democrática. ■

José Manuel Silvero Arévalo (San Juan Nepomuceno, 1975). Paraguayo. Doctor en Filosofía por la Universidad de Oviedo-España. Asesor de la Comisión de Educación en la Cámara de Diputados del Honorable Congreso Nacional. Profesor de Lengua y Cultura Guaraní (Ateneo de Lengua y Cultura Guaraní). Docente Investigador de la Universidad Nacional de Asunción-Paraguay. Encargado de Despacho de la Dirección General de Postgrado de dicha universidad.